

## A LOS AGUSTINES DEL FÚTBOL

PASCUAL CALABUIG.

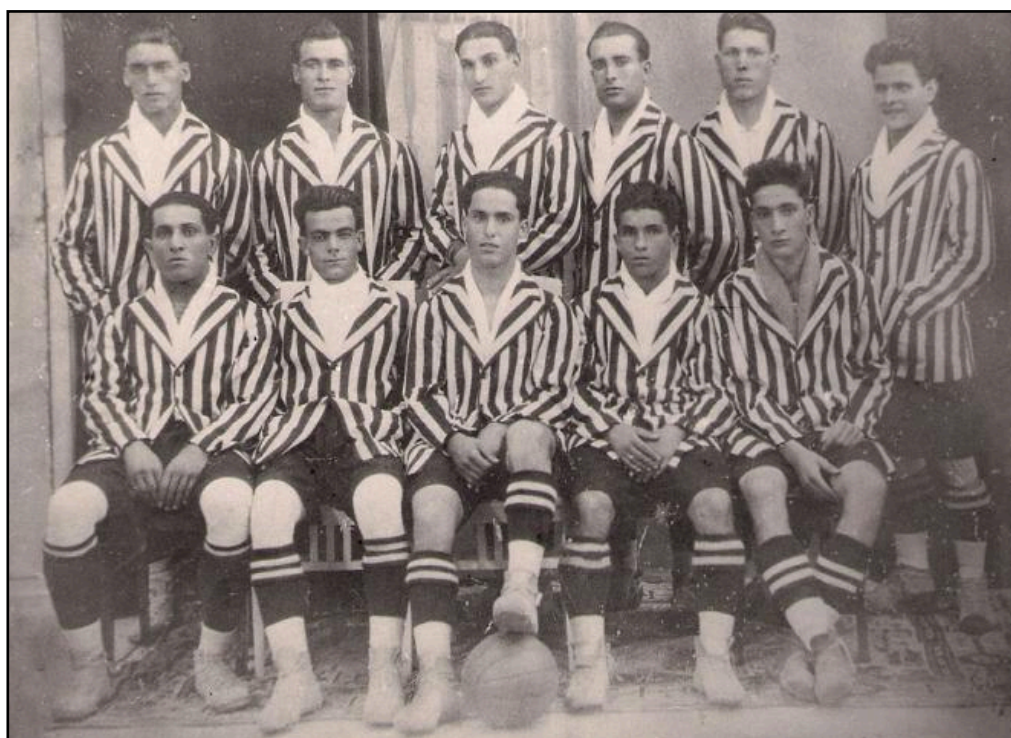
Vivía Agustín en un barrio pobre de la zona trabajadora del Puerto de La Luz, La Isleta, de donde tantos jugadores famosos habían salido en Gran Canaria. Él había jugado al fútbol; no fue muy bueno, pero sí decidido y fuerte, era, como decían en su barrio, de los de "rompe y raja". Su equipo era también modesto, de nombre extranjero, *Racing* y con un entrenador que cuando veía perder a su equipo, si acaso era acogotándole con dureza, solía dar el grito de ¡bandera negra! . Entonces sus jugadores se transformaban de tal manera que aunque no ganaran se convertían en gigantes de la fuerza y de la rabia.

En aquel tiempo parecía que el fútbol canario no era español porque no intervenía en competición nacional alguna, aunque, sorprendentemente, había ya jugadores de las islas en la selección nacional. Y es que había una disposición especial para este deporte.

Sabía Agustín que, aún iniciado aquí el fútbol con titubeos en 1905 por Alberto Seco, quien lo fortaleció e hizo arrancar fue el gran canario José Gonçalvez García, cinco o seis años después. Éste trajo su propósito desde Inglaterra y trajo también de su época de estudiante en Londres, un color de camiseta que se le había metido en el corazón, el blanquinegro del *New Castle*. Y con el amor a esos colores, al universitario gran canario le acompañó, en su regreso a la isla, el respeto y admiración hacia la reina inglesa. Por eso al crear un equipo aquí, en su barrio, lo vistió del *New Castle* y lo bautizó como *Victoria*.

De esa forma nació lo que sería, junto al Marino y su principal adalid Eliseo Ojeda, la pareja de equipos sobre la que se fundamenta la parte más importante de la historia del fútbol organizado en la isla. Y viene a cuenta esta referencia en la historia de Agustín, porque él, que jugó en un equipo modesto, era al mismo tiempo, seguidor del *Victoria*, que figuraba en categoría superior. Y también porque enlazan nuevas circunstancias, que como eslabones de una cadena, siguieron hasta el presente.

Agustín, además de ese comienzo de su club blanquinegro, tenía sabido que, aún no participando en competición nacional, hombres que pasaron por el que después sería su *Real Club Victoria* habían sido captados, no sólo por equipos peninsulares sino también por la selección nacional.



Fue el Victoria, el primer equipo canario que visitó como tal la Península enfrentándose al Sans en Barcelona, y los jugadores de aquella expedición José Padrón, Oramas y Rafael González fueron fichados por el Español tras haber visto su forma de jugar; no fichó también José Ortiz porque no accedió.

Después de esto, José Padrón resultó ser el primer canario internacional. Y para redondear el hito histórico, cabe añadir que ese internacionalato fue ocupando el puesto que había dejado vacante el bilbaíno Rafael Moreno Aranzadi, hombre recordado permanentemente en el fútbol nacional español a través del trofeo más apetecido porque se creó para premiar el lance supremo del fútbol como es el gol. El citado Rafael Moreno Aranzadi no era otro que PICHICHI.

El fútbol, desde su comienzo en Canarias era algo que atraía y que además practicaban con especial disposición los canarios. ¡Qué técnica y entrega tenía su campeonato regional en los años 40 y comparo con el de estos tiempos! . En cambio, sólo existía como vivero. Ignoraba la posibilidad de participar en bloque en el concierto nacional español; así hasta 1949, cuando, por contrasentido, ya eran famosos en toda España jugadores como Padrón “*El Sueco*”, Ángel Arocha, Juan Marrero “*Hilario*”, Luis Valle, José Pérez, Gabriel Jorge, Francisco Campos, Martín Arencibia, Rosendo Hernández, Alfonso Silva, Luis Molwny, Rafael Mujica y muchísimos más. Si quedan citados sólo éstos es porque, además de fichar en grandes equipos ya eran internacionales en esa fecha.

La lucha de Canarias para conseguir plaza en competición nacional, merece sin duda un premio y un reconocimiento. En aquel entonces el fútbol tenía puertas de acceso para grandes y pequeñas ciudades peninsulares que mostraran interés y tuvieran organización, y, sobre todo, jugadores para participar. Sólo tenían que demostrarlo y ganar puesto en las competiciones. Para Canarias y los canarios resultaba más difícil. Los 2500 kilómetros de lejanía aún no tenían antídoto de adecuadas comunicaciones. Pero no era su fútbol del todo desconocido; alguna visita esporádica de clubs españoles como el Betis que fue el primero en 1919 y años después el Real Vigo con dos internacionales en sus filas como eran Otero y Ramón González, o de extranjeros, cuya primera visita fue la del Raith Rover. O a través de la presencia de isleños en la península como soldados de la patria, unido a los chivateos de quienes les vieron por aquí en sus viajes comerciales, permitieron su conocimiento. Por eso no pocos equipos de la metrópoli tenían isleños en sus filas antes de que el fútbol canario participara como tal en competiciones peninsulares. Es muy larga la relación de quienes lo hicieron de forma individual.

Afloraban futbolistas en campos y solares canarios, pero acababan echando raíces fuera de las islas. Pero... ¿Y si optaran a la participación nacional comenzando por la división a que se les obligaba en principio? Así lo planteó un grupo de figuras relevantes del deporte isleño. Y obtuvieron el permiso. Sólo tendría acceso a ese camino aquel que se proclamara campeón en una y otra provincia canaria. Aquello, que despertaba ilusiones, generó también lágrimas de sentimiento. Se proponían hacer un equipo que aglutinara el entusiasmo de un pueblo entero. Y no se podía ir con migajas y peleas de barrio; por eso se hizo fusionando intereses de los cinco equipos de la élite del fútbol grancanario como eran: MARINO, VICTORIA, GRAN CANARIA, ATLETICO Y ARENAS.



De pié: Pancho Viera (portero suplente), Juanono, Elzo, Yayo, Castañares, Montes y Juanito Gil (masajista). De rodillas: Manolín, Polo, Tacoronte, Peña, Cedrés y Tatono.

Cada uno de los fusionados, además de su personalidad, tenía un núcleo de fieles seguidores, dispuestos, como en todas partes, a desgañitarse y a poner lo que fuera por su club. Pero en lo sucesivo iban a ser sólo una parte dentro de la UD Las Palmas que nacía a la sazón. Y todo fue sobre ruedas al lograr pasar con éxito las capas que le separaban del cielo futbolístico. Ganó, como estaba preparado, el campeonato local, luego una liguilla de ascenso a Segunda luchando con Ceuta, Melilla, Tenerife, Imperial de Murcia y Toledo, después ganó el derecho de promoción a Primera, y finalmente el ascenso a la *División de Honor*, todo ello de corrido y sin pausa, temporada tras temporada. Y siguió su carrera con desigual suerte en el ir y volver aunque, eso sí, sumando muchas temporadas en Primera donde incluso por dos veces estuvo en el rellano de la escalera para ser el mejor de España, que una vez como Subcampeón de Liga, otra como Subcampeón de Copa, aparte de sus incursiones en competición europea, hasta ahora. Todo eso lo sabía y comentaba Agustín, que sabía que en el fútbol la más importante y poderosa razón está, más que en ninguna otra cosa, en las aficiones... los aficionados.

De hombres como Agustín está la España futbolística llena. Él había llorado la desaparición del Real Club Victoria del que era forofó antes de la fusión, pero, como los demás, encontró la compensación en aquel otro, la U.D. en cuyo escudo, grande por nacional figuran también los de los regionales que sacrificaron su existencia. Fue el trueque que trajo penas y glorias, penurias económicas y esfuerzos para combatirlas. Aquella circunstancia propició decisiones federativas tales como las de confeccionar un calendario en el que el equipo canario, ya amarillo, jugara dos partidos fuera seguidos y otros dos dentro para evitar que éste hiciera tantos viajes a la península, entonces difíciles, costosos, pesados... viajes contra los que protestaron no pocos equipos peninsulares, aunque ellos tenían que hacer solamente uno cada temporada.

En barco no se podían hacer los desplazamientos porque se tardaban 72 horas en llegar a Cádiz, puerto más cercano, para luego partir hacia Madrid, Barcelona, Valencia o donde fuera. Y en avión,

aún siendo más corto, era igualmente largo, cinco horas con escalas técnicas no siempre previstas, tensiones, peligros con aquellos *Junkers* de hélice, "las pavas", bombarderos de la guerra española. Ese era el comienzo futbolístico de la España Atlántica que a través del esfuerzo de sus gentes iba a enriquecer, como enriqueció, el campeonato español del fútbol. Lo demandaban sus futbolistas empecinados en rebelarse contra la soledad de su campeonato regional, y también sus directivos, seguidores empeñados cada semana en hacer patente su existencia. ¡Todos los esfuerzos eran pocos después, para arropar el proyecto de la Unión Deportiva y su defensa!

Agustín, vio pasar por sus ojos de aficionado de siempre a los más queridos ases del fútbol nacional y, sobre todo, a los ídolos canarios de quienes todavía se habla, formando el equipo de oro de la historia. Contribuyó durante varias décadas, desde 1949, a que ni el club se hundiera, ni el calor de la afición bajara un solo punto. Vendió números de las rifas y tómbolas organizadas por el club en el *Parque de Santa Catalina*, en épocas malas pretendiendo hacerle salir de su impotencia económica. Él se hizo y se mantuvo como socio hasta la muerte.

Y asistió a los partidos benéficos. Y compró, casi sin poder, acciones del Club cuando se convirtió en SAD. Y pagó derramas. Él presenció los partidos de gloria en las grandes clasificaciones y de profundo pesar en los descensos.

Gritó alegría y protestó errores. Pudo faltarle a veces el dinero para cualquier otra necesidad personal y hasta familiar, pero jamás dejó de cumplir su parte de compromiso voluntario con la sociedad.

Falló por enfermedad a su trabajo más de una vez, pero nunca a la cita del estadio en los partidos oficiales, y, menos aún, a los homenajes de agradecimiento hacia figuras que eran baja por vejez para el fútbol, aunque muy jóvenes aún para la vida. Y se alegraba, sin envidia, al saber que el homenaje había supuesto para fulanita tantos millones de pesetas por sus años de servicio al club, que siempre fueron menos que los suyos.

Él nunca pensó, como no piensa ningún aficionado, mirando a sí mismo, y olvidó sus años haciendo cola en las taquillas de entrada módica donde tenía su puesto, ni en los remojones de las jornadas lluviosas.

Cuando se marchó para siempre, el cuerpo de Agustín se redujo a cenizas de forma sencilla, sentida y pobre, aunque común, porque ni la tierra de las fosas o las llamas de la incineración tienen desigualdad visible. Pocos fueron los que se enteraron de su desaparición. Si acaso, los vecinos de localidad en el estadio que no le vieron en el partido. Si acaso los viejos veteranos que se acordaban de cuando jugaba en el Racing. O cuando coincidían en el viejo campo del Puerto aplaudiendo a aquel equipo que creó Pepe Gonçalves con los colores de un club inglés *New Castle* y con el nombre de una reina *Victoria*.

Con ello se organizó seriamente el fútbol en Gran Canaria, Agustín llegó a vivirlo como era, en los años 40. Después, ya con el equipo amarillo, Canarias entró en el fútbol nacional de Primera y él también lo vivió colaborando fielmente, hasta que se convirtió en cenizas. Casi medio siglo. Nadie pensó, ni pidió, ni siquiera lo piensa, un homenaje para él. Sería inútil cuando ni siquiera se pudo cumplir su último deseo, el de que aventaran cenizas suyas sobre el césped del Estadio Insular en un día de partido. No pudo ser oficialmente. En cambio, uno de sus hijos, con máquina fotográfica en mano y mezclado entre fotógrafos sin serlo, entró en la cancha hasta el centro como, para hacer fotografías. Por cinco veces se llevó la mano al bolsillo, y emulando a un labriego, cumplió el deseo paterno al sembrar cenizas como quien siembra trigo. Parte de sus cenizas están, pues, allí, donde él quiso.

Quizá cuando al sembrador de ahora le toque marchar como marchó su padre, tenga el mismo deseo, y entonces, sus hijos, o sus nietos, emulen de nuevo al labrador, sembrando cenizas de fidelidad, de entusiasmo y de amor por algo tan sencillo y simple como es el escudo y los colores de un equipo de fútbol. Esa es la afición aquí y en toda España. Afición que se hereda, renueva y pregona. En este caso, para el canario a que nos referimos y para todos los canarios en general, era algo más porque con el escudo y colores del equipo actual iba el de los otros cinco que se fusionaron dándole vida.

Seguro que del fútbol y las competiciones se seguirá hablando mucho incluyendo homenajes a equipos y jugadores que mueren o se retiran, pero de vez en cuando, como se hace ahora en la despedida de un viejo victorista de la U.D. Las Palmas, no estará de más admitir públicamente que el más merecedor de homenajes, aquí y en todas partes, por su fidelidad a los escudos, a los colores y a la historia de sus equipos, es el aficionado.

A todos los *agustines* del fútbol: ¡SALUDOS Y ADIÓS!